

RESUMEN COMPLETO

Cuentos de terror

de Edgar Allan Poe y Gustavo Adolfo Bécquer

La lámpara encendida

Dos maestros del miedo

Este libro reúne cuatro cuentos de dos escritores que vivieron casi en la misma época y que nunca se conocieron. Edgar Allan Poe, en Estados Unidos, y Gustavo Adolfo Bécquer, en España.

Poe es el maestro del terror psicológico: sus narradores son hombres que se hunden en la locura y confiesan sus crímenes. Bécquer, en cambio, escribe leyendas: historias antiguas de castillos, bosques y almas en pena, en una Soria medieval llena de misterio. Los dos de Poe se leen aquí en una traducción española de mil ochocientos setenta y uno.

El corazón delator

El primer cuento empieza con un hombre que jura que no está loco. Es nervioso, terriblemente nervioso, dice, y tiene los sentidos más agudos que nadie. Pero no está loco. Y para demostrarlo, va a contar con toda calma cómo cometió un asesinato.

Vivía con un anciano. No le odiaba. El viejo nunca le había hecho daño, y él no quería su dinero. Pero el anciano tenía un ojo extraño, un ojo azul y apagado, con una catarata, parecido al de un buitre. Cada vez que aquel ojo lo miraba, se le helaba la sangre. Y decidió matarlo para librarse de él para siempre.

Durante siete noches, a medianoche, abrió muy despacio la puerta de la habitación del viejo y metió la cabeza con una linterna tapada. Tardaba casi una hora en hacerlo, para no despertarlo. Luego dejaba pasar un hilo de luz sobre el ojo. Pero el ojo estaba siempre ce-

rrado, y él no podía hacer nada, porque lo que odiaba no era al viejo, sino a su ojo.

La octava noche, el anciano se despertó al oír un ruido y se sentó en la cama, preguntando quién andaba ahí. El narrador se quedó inmóvil, en la oscuridad, durante una hora. Y entonces abrió la linterna. El rayo de luz cayó sobre el ojo, abierto. Y empezó a oír un sonido sordo, como el de un reloj envuelto en algodón: el latido del corazón del viejo, cada vez más fuerte, cada vez más rápido.

Temió que los vecinos lo oyeran. Se lanzó sobre el anciano y lo ahogó bajo la cama. El corazón dejó de latir. Después descuartizó el cuerpo y lo escondió bajo las tablas del suelo, con tanto cuidado que nadie habría podido descubrir nada.

A las cuatro de la madrugada llamaron a la puerta. Eran tres policías. Un vecino había oído un grito. El narrador los recibió tranquilo. Les dijo que el grito había sido suyo, en un sueño, y que el viejo estaba de viaje. Les enseñó toda la casa. E incluso, en su audacia, colocó las sillas en la habitación del anciano y se sentó justo encima del lugar donde estaba el cadáver.

Los policías estaban convencidos. Charlaban tranquilamente. Pero él empezó a oír un zumbido en los oídos. Un sonido sordo, como un reloj envuelto en algodón. Hablaba más alto, se levantaba, arrastraba la silla, y el ruido crecía y crecía. Los policías seguían sonriendo. Y él pensó que lo sabían, que lo oían, y que se burlaban de su terror.

No pudo más. Les gritó que dejaran de fingir, que confesaba el crimen. Que arrancaran las tablas del suelo. Allí, allí estaba el latido de aquel horrible corazón.

El gato negro

En el segundo cuento, el narrador escribe la víspera de su ejecución. Va a morir mañana, y quiere contar lo que le pasó, aunque sabe que nadie lo creerá.

Desde niño había sido dulce y bondadoso, y adoraba a los animales. Se casó joven, con una mujer que compartía su afición, y tenían en casa pájaros, peces, un perro, conejos, un mono y un gato. El gato era grande, hermoso, completamente negro, y muy inteligente. Se llamaba Plutón, y era su favorito.

Pero con los años, el narrador cayó en el alcohol. Su carácter cambió. Se volvió irritable, maltrataba a los animales e incluso a su esposa. Una noche, borracho, creyó que el gato lo evitaba, lo agarró, y el animal le mordió en la mano. Con un cortaplumas, le arrancó uno de los ojos.

Después sintió vergüenza. Pero el gato huía de él, y esa huida, en lugar de darle pena, lo irritaba. Y una mañana, a sangre fría, le ató una cuerda al cuello y lo ahorcó en la rama de un árbol. Lo hizo, dice, llorando, precisamente porque sabía que el gato lo había querido y que no le había dado ningún motivo.

Esa misma noche se incendió la casa. Escaparon por poco. Al día siguiente, entre las ruinas, solo quedaba en pie una pared, recién enlucida. Y sobre ella, como un relieve, se veía la figura de un gato gigantesco, con una cuerda al cuello. El narrador intentó explicárselo: alguien habría arrojado el cuerpo del gato por la ventana para despertarlo, y el yeso fresco, el fuego y el amoníaco habrían hecho el resto. Pero no se quedó tranquilo.

El segundo gato

Meses después, en una taberna, encontró otro gato negro, muy parecido a Plutón. Solo tenía una diferencia: una mancha blanca y grande en el pecho. Se lo llevó a casa. Al principio le gustó, pero pronto empezó a odiarlo. El gato lo seguía a todas partes, se le metía entre las piernas, y también le faltaba un ojo, como al primero.

Poco a poco, la mancha blanca del pecho fue cambiando de forma. Y acabó dibujando claramente una figura horrible: una horca. El narrador vivía aterrado.

Un día bajó al sótano con su mujer. El gato se le cruzó en la escalera y casi lo hizo caer. Furioso, levantó un hacha para matarlo. Su mujer le sujetó el brazo. Y él, enloquecido, le clavó el hacha en la cabeza. Ella murió en el acto.

Escondió el cuerpo emparedándolo en el sótano, en un hueco de la pared, y lo cubrió con ladrillos y yeso, tan bien que no se notaba nada. El gato había desaparecido, y por primera vez en mucho tiempo durmió tranquilo.

Al cuarto día llegó la policía y registró la casa. No encontraron nada. Y cuando ya se iban, el narrador, orgulloso, golpeó con su bastón la pared donde estaba su mujer, alabando lo bien construida que estaba la casa.

Desde dentro del muro respondió una voz. Primero un gemido, como el llanto de un niño, y después un alarido largo, terrible, inhumano. Los policías derribaron la pared. Allí estaba el cadáver de la mujer, de pie. Y sobre su cabeza, con la boca roja abierta y su único ojo encendido, estaba sentado el gato. Lo había emparedado con ella.

Los ojos verdes

El tercer cuento es de Bécquer, y nos lleva a los bosques del Moncayo, en la Edad Media. Fernando de Argensola, el primogénito de los marqueses de Almenar, está de cacería con su montero mayor, Íñigo. Ha herido a un ciervo, que huye hacia la fuente de los Álamos.

Íñigo intenta detenerlo. Nadie va a esa fuente. Dicen que allí habita un espíritu del agua, y que quien enturbia su corriente lo paga caro. Pero Fernando no le hace caso y sigue al ciervo.

Desde aquel día, el joven cambia. Se vuelve callado y sombrío. Ya no caza. Cada día va solo a la fuente y pasa allí horas. Hasta que confiesa a Íñigo su secreto: en el fondo del agua vio unos ojos. Unos ojos verdes, luminosos, como nunca había visto. Y vive obsesionado con encontrar a la mujer a la que pertenecen.

Por fin la encuentra. Junto a la fuente, sentada en una roca, hay una mujer hermosísima, con unos ojos verdes que lo miran. Fernando le pregunta quién es. Ella le dice que no es una mujer como las demás, y que su amor no es como el de las mujeres de la tierra. Él le contesta que no le importa: la amará aunque sea un demonio.

Ella le promete un amor misterioso, en un mundo de agua, de luz y de sueños. Y lo llama hacia el borde. Fernando da un paso, después otro. Siente que unos brazos lo rodean, que unos labios helados lo besan. Y cae al agua. El agua se cierra sobre él con un ruido sordo, y en la superficie se dibujan círculos de plata que se van ensanchando hasta desaparecer.

El monte de las ánimas

El último cuento, también de Bécquer, se sitúa en Soria, la noche de difuntos. Los condes de Borges y de Alcudiel vuelven de cazar con sus hijos: Alonso, un joven valiente y enamorado, y su prima Beatriz, una muchacha hermosa, orgullosa y fría.

Al pasar junto al monte de las ánimas, Alonso cuenta su leyenda. Aquel monte perteneció a los caballeros templarios, guerreros y monjes. Un día, los nobles de Soria organizaron allí una cacería, y los templarios y los nobles se enfrentaron en una batalla terrible. El monte quedó cubierto de muertos. Desde entonces, cada noche de difuntos, las almas de los caballeros vuelven a cabalgar por el bosque, y la campana de la capilla abandonada suena sola.

Esa noche, junto al fuego, Alonso le dice a Beatriz que se marchará pronto, y quiere darle un regalo de despedida. Ella apenas lo mira. Y le cuenta que ha perdido una banda azul que llevaba en la cacería, y que él le había dicho que era la divisa de su alma. Seguramente se le cayó en el monte de las ánimas.

Alonso entiende lo que ella quiere. Es la noche de difuntos. Duda. Pero Beatriz sonríe con desdén, como si dudara de su valor. Y él sale a buscar la banda, solo, en mitad de la noche.

Beatriz se acuesta. No puede dormir. Oye el viento, la lluvia, las campanas de difuntos, ruidos de pasos, y siente un miedo que nunca había sentido. Pasa la noche en vela, aterrada. Alonso no vuelve.

Al amanecer, descubre algo encima de su reclinatorio: la banda azul, desgarrada y manchada de sangre. Da un grito y cae desmayada. Esa mañana llegan noticias: los lobos han devorado a Alonso en el monte de las ánimas.

Y Bécquer termina con la leyenda que se cuenta en Soria. Unos cazadores que pasaron la noche de difuntos en el monte vieron a los esqueletos de los templarios cabalgar entre los árboles. Y vieron a una mujer hermosa, pálida y despeinada, que corría descalza dando gritos alrededor de la tumba de Alonso.

El miedo que nos acompaña

Poe y Bécquer nos asustan de maneras muy distintas. Poe nos encierra dentro de la mente de un culpable, donde el peor enemigo es la propia conciencia. Bécquer nos lleva al exterior, a la noche y al bosque, donde lo sobrenatural castiga el orgullo y la imprudencia. Los dos saben algo que no ha cambiado: que el miedo más intenso es el que nace de nuestros propios deseos.

Resumen original de La lámpara encendida. Escucha el libro completo, leído en voz baja, en nuestro canal de YouTube.
Descarga gratis más libros de dominio público en nuestra web.